



Una Pequeña Orestíada

Hay un nombre que en "La Prensa" era invariablemente escrito con desdén y sarcasmo. Un nombre que, para los columnistas de Baquijano, era sinónimo de tontería, mediocridad, insignificancia y enanismo espiritual. Coincidió con el de un personaje del mito clásico, con el de una figura de la tragedia griega, pero esa identidad hacía aún más risible, en el humor de los articulistas del diario oligárquico, la persona del contemporáneo que lo lleva. Se trata de Orestes, de Orestes Saldarriaga. Dijo el pobre alguna vez provenir de las "canteras del marxismo", y esa confesión le valió los más satíricos comentarios de "La Prensa". Tal confidencia, vociferada precisamente en contra de Beltrán y los suyos, tal vez era sincera, pese a su ingenuidad. Haber sido marxista — como haber sido mahometano, teósofo, existencialista o mormón — no significa nada si se ha dejado de ser, y este Orestes criollo, desprovisto de la impetuosa heroica del hijo de Agamenón, no tenía por qué aludir a sus lejanos orígenes ideológicos. Es pradista, es gobiernista, es oficialista de corazón. Lo que fue, pasó. Los de Baquijano, sin embargo, le tomaron el pelo a su gusto, y mezclaron aquello de "las canteras del marxismo" con ciertos automóviles liberados de impuestos, haciendo el contraste despiadado entre la génesis doctrinaria de Orestes y su grotesco final parlamentario.

La historia del homónimo del asesino de Egisto no terminó ahí. Los azares de la política plutocrática hicieron que el enemigo de antaño se convirtiera en el aliado de hogaño, en el partidario de Beltrán. ¿Y los de "La Prensa"? Guardaron su arsenal de ridiculización y remplazaron las alusiones caricaturescas al Orestes pradista, salido de aquellas supuestas vetas materialistas, y lo proclamaron, en un pie de fotografía, en la cual aparece buen mozo y elocuente, "líder de la mayoría". Don Pedro le dio la mano, le sonrió amablemente y hasta, quizá, lo trató por su ilustre nombre propio en tono gentil, y los colegas del diario liberal manchesteriano comenzaron a pensar que no tiene importancia haber sido extraído de "las canteras del marxismo", ser un poco cómico y hasta escaso de seso, si a la postre se termina de beltranista. Eso redime de todo. Ahí está el ejemplo de Ravines y de otros que, como él, fueron comunistas y concluyeron siendo corderos del rebaño plutocrático. ¿Acaba aquí la historia de este Orestes sin tragedia? Ni pensarlo. El hombre, ayudado por "La Prensa" llegará lejos y es posible que un día, no muy lejano, asista como delegado a un congreso internacional de rearme moral. Méritos no le faltan y su padrino de ahora es de los que premian bien a los dóciles.